

# El Paseo de las Monjas



Si se exceptúa la Placeta de Santa María y algún escondite de aquel barrio, Alcázar no ha tenido en nuestra época ninguno de esos parajes, por lo general próximos o incluidos en los conventos, donde la dulzura y el recogimiento de la clausura inmediata impregnan el aire de aromas puros de oraciones y santidad. Únicamente el Paseo de las Monjas tuvo siempre un cierto aire monacal emanado de la contigüidad del Claustro abandonado.

La calle de la Virgen que con la del Santo forman pareja y son las dos mejores del pueblo, se hallaba coronada por este Paseo, verdaderamente monjil, tan corto que no excedía de las tapias del Convento y tan estrecho que no admitía más de dos filas de árboles, muy separados y de escaso desarrollo. En ellos terminaba el pueblo formando una especie de terraza de magníficas perspectivas. Al abrigo del viento Norte y bien soleado desde las diez no le faltaron nunca asiduos concurrentes.

El camino era muy frecuentado, tanto por los que habían de cruzarlo para ir a su trabajo, como por los que se surtían de agua para beber del pozo de Valcargao que era de los mejores de entonces.

Sus vistas eran las menos monótonas del pueblo. A lo lejos se divisaba La Covadonga, espléndida bodega y única construcción que había después de las Monjas, que tenían enfrente del Paseo los cerros, coronados por los molinos y totalmente poblados de olivas bien cuidadas. La vía de Andalucía limitaba el horizonte, animado con el frecuente paso de los trenes.

Hacia el pueblo se tenía la calle de la Virgen, recta, amplia, siempre llena de luz, de anchas y limpias aceras, desembocando en el Altozano; calle netamente lugareña, donde está el espíritu de la Ciudad. Corros de mujeres, amigas de la limpia pobreza. Almohadillas para la costura, acericos, hilos, encaje de bolillos, rencillas apreciables, patios inmensos de vecindad, casas enjalbegadas, poyetes, matices íntimos, recónditos; muleteros, botijeros, pastores, artesanos.

En el Paseo de las Monjas se juntaban viejos gañanes y peones, acostumbrados a dialogar con las cosas y con interlocutores invisibles, ausentes, que han dejado en su hacienda la huella de su paso, pisando una mata, tronchando una cepa o llevándose un melón: «Ya han escarbado la tierra, quién habrá sido el gracioso» y a continuación una serie de denuestos en voz alta: «¡Mira qué cardo ha ido a salir aquí!», se agacha, lo arranca y sigue hablando y de este modo horas y días enteros. En el Paseo de las Monjas, se apreciaban estas costumbres de sus visitantes porque quitaban las piedras que estorbaban, ayudaban a los que regaban y limpiaban. Y el Paseo estaba mejor cuidado que las glorietas de dentro del pueblo.

Este era el Paseo habitual de los curas en aquella venturosa época que el tiempo sobraba siempre y la vida sosegada era común a todos y no un lujo asiático, como sucede hoy.